

Factores que determinaron la conversión de AMLO y Morena en una *oposición creíble*. Un análisis comparado

Decisive Factors that Turned AMLO and Morena into a Credible Opposition. A Comparative Analysis

Orestes Enrique Díaz Rodríguez*

Resumen

Rumbo a los comicios presidenciales de 2018 en México, Andrés Manuel López Obrador (AMLO) y el partido Movimiento Regeneración Nacional (Morena), presentaban atributos propios de una *oposición no creíble*: carecían de experiencia de gobierno a nivel nacional y provenían de la izquierda del espectro ideológico. En las elecciones de 1999 en Uruguay, ambos factores condicionaron la derrota del Frente Amplio (FA). El objetivo es explicar por qué razón esas circunstancias no jugaron un rol similar en el caso mexicano. Con el auxilio del análisis comparado, se identifican tres diferencias clave entre ambas experiencias: 1) el desencanto con el desempeño de los gobiernos de

Artículo recibido el 31 de agosto de 2019 y aceptado para su publicación el 15 de enero de 2020. La **dictaminación** de este trabajo fue realizada por evaluadores externos al Instituto Electoral del Estado de México.

■ pp. 111-148



* Doctor en Ciencia Política por la Universidad de Guadalajara. Profesor e investigador asociado de tiempo completo del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara. Su línea de investigación es la popularidad presidencial y el éxito o derrota de partido o coalición de gobierno en América Latina. Correo electrónico: diazrquez@hotmail.com

los partidos tradicionales alcanzó en México un nivel crítico; 2) el discurso de AMLO se orientó hacia la moderación política; y 3) Morena asumió posturas típicas de los partidos *catch all*. Específicamente, en los apartados 3 y 4 se precisan las similitudes y diferencias entre ambos procesos electorales.

Palabras clave: AMLO, Morena, oposición no creíble, comicios presidenciales, partidos políticos en México.

Abstract

During the elections of 2018 in Mexico, Andres Manuel Lopez Obrador and Morena shared attributes typically ascribed to *unreliable* or *discredited opposition* parties: they lacked government experience on a national level and came from the left end of the ideological spectrum. In the elections of 1999 in Uruguay, these two factors were decisive for the defeat of the party known as Frente Amplio. The aim of this paper is to explain why these factors did not play a similar role in the case of Mexico. Through a comparative analysis, three key differences are identified: 1) in Mexico, dissatisfaction with government performance reached critical levels; 2) the platform of Andres Manuel Lopez Obrador aimed for political moderation; and 3) Morena adopted positions typical of big tent or catch-all parties. Specifically, sections 3 and 4 specify the similarities and differences between the two electoral processes.

Key words: AMLO, Morena, opposition, presidential elections, political parties in Mexico.

Introducción

Rumbo a los comicios presidenciales de 2018 en México, Andrés Manuel López Obrador y Morena presentaban diversos rasgos propios de una oposición *no creíble*. Entre otros atributos no competitivos, carecían de experiencia de gobierno a nivel nacional y provenían de la izquierda del espectro ideológico (ubicación desde la cual emitían señales de desconfianza hacia sectores decisivos del electorado, más proclives a respaldar a partidos y candidatos con

un aval indiscutido de moderación política). Para Downs (1973), el partido de la oposición tiene que ser *creíble* para poder recibir el respaldo de la mayoría de los votantes racionales. La ausencia de esa condición, por ejemplo, había truncado en 1999 la posibilidad de que el Frente Amplio accediera al poder en Uruguay. Sin embargo, AMLO y Morena obtuvieron una victoria inobjetable en las urnas. ¿Cuáles factores contribuyeron a que los votantes relegaran, a un segundo plano, los atributos menos competitivos de esos actores y llegaran a percibirlos como una oposición creíble? El contraste con el caso del Frente Amplio en 1999 en Uruguay permite identificar tres variables que hicieron posible esta conversión: 1) el desencanto de los votantes con el desempeño de los gobiernos de los partidos tradicionales (que alcanzó una expresión máxima e insostenible hacia el final del sexenio del mandatario priista Enrique Peña Nieto); 2) la apuesta por la moderación política observable en el político tabasqueño a partir de 2009; y 3) la asunción por parte de Morena de posturas propias de partidos *catch all* en el proceso electoral de 2018. La pertinencia de este trabajo no sólo reside en el privilegiado lugar que actualmente AMLO y Morena ocupan en el sistema político mexicano, sino también en la identificación de los factores que en América Latina posibilitan la conversión de una fuerza política de izquierda en una oposición creíble, los cuales tienen un interés teórico y práctico relevante.

El artículo consta de cinco apartados. El primero expone el marco de análisis, mismo que se basa en la teoría de la oposición no creíble desarrollada por Downs (1973). Debido a que investigaciones recientes han arrojado luz sobre las circunstancias específicas en que tiende a manifestarse con, mayor vigor, la condición *no creíble* de la oposición, esos hallazgos fueron también incorporados. El segundo analiza la participación del Frente Amplio en las elecciones presidenciales de 1999 en Uruguay, el cual constituye el caso específico de oposición no creíble con características más cercanas a la experiencia de Andrés Manuel López Obrador, Morena y las elecciones presidenciales de 2018 en México. La revisión de la literatura aportada por especialistas (generalmente locales) confirma como causa decisiva de la derrota electoral del Frente Amplio el carecer de experiencia de gobierno a nivel nacional y ubicarse a la izquierda del espectro ideológico (lo cual generaba desconfianza para el votante inclinado a respaldar la moderación política). El tercer apar-

tado profundiza en el proceso de formación y ascenso de AMLO como líder político y de Morena como partido. Como resultado, se corroboran tres similitudes clave entre la experiencia del Frente Amplio en 1999 y la de AMLO y Morena en los comicios de 2018. Adicionalmente, se identifica en los segundos la presencia de rasgos adicionales, de carácter no competitivo y proclives a favorecer su percepción como una oposición no creíble. En el cuarto apartado, como continuidad al ejercicio comparativo, se describen las diferencias clave entre ambos procesos. Se trata, en síntesis, de la presencia, en el caso mexicano, de factores y procesos que no se manifestaron en el caso uruguayo; en específico, que el extraordinario nivel de desencanto de la población con el gobierno de los partidos tradicionales confluyera con la estrategia de moderación política asumida por AMLO desde 2009, y la asunción durante la campaña, por parte de Morena, de posturas propias de partidos *catch all*. Dichos procesos anularon de manera importante el potencial de Morena para ser percibido como una oposición no creíble, impulsando a la mayoría del electorado a brindarle un respaldo electoral indiscutible. Por último, el quinto apartado contiene las principales conclusiones arrojadas por el análisis.

Marco teórico

En la literatura sobre los partidos políticos destacan especialmente las contribuciones sobre su naturaleza, funciones y tipología. En Weber (1964) y Sartori (2005) está su distinción esencial con respecto de otras organizaciones del sistema político: la capacidad de colocar a través de elecciones libres (o no) a candidatos a cargos públicos. El aporte, a su vez, de Sartori (2005) y Panebianco (1990) sobresale en referencia a que las funciones de los partidos operen como una vía para canalizar y articular las demandas de los ciudadanos e incidir en la toma de las decisiones públicas, o como oportunidad para diversos tipos de líderes de acceder al poder y, desde allí, ofrecer incentivos para conservar la lealtad y cooperación política. En cuanto a los tipos de partidos, los autores de referencia son Weber (1964), con partido de notables; Duverger (1957), partido de masas; Kirchheimer (1966), partido tomatodo (*catch-all*); y, más recientemente, Katz y Mair (1995), partido cártel. Por su parte, la literatura referente a la fun-

ción de los líderes se ha orientado a reconocer tres funciones destacadas: fijar los fines, metas y objetivos de la colectividad; crear las estructuras necesarias para alcanzar los mismos; y mantener o reforzar esas estructuras. En tanto las ideas sobre el liderazgo político han evolucionado desde el enfoque del *Gran Hombre* (Platón, 2006; Maquiavelo, 1971), el acento en el papel de las situaciones y contextos sociales en su formación (Spencer, 1947) y una conciliación (Stogdill, 1974) de esos dos enfoques (Jiménez-Díaz, 2008).

La teoría de la oposición no creíble surge a raíz de la idea downsiana de que los votantes actúan de manera racional. En el modelo de Downs (1973), ser votante racional es la condición natural del ciudadano, lo cual significa que éste vota por el partido que, en su opinión, le proporcionará mayor renta de utilidad durante el próximo periodo electoral. La toma de decisión es consecuencia, por tanto, del cálculo de la diferencial esperada de partido, que no es otra cosa que el resultado entre la renta de utilidad que recibió en el mandato que concluye y la que habría percibido de haber estado la oposición en el poder. “Si es positiva, vota por el gobierno; si es negativa, vota por la oposición; si es nula, se abstiene” (Downs, 1973, p. 42).

El cálculo no se limita a comparar programas, el votante, siendo racional, sabe que ningún partido será capaz de hacer todo cuanto dice que hará, por tanto él estima lo que cumplirán realmente los partidos una vez que ganen las elecciones. Como uno de los contendientes ya está en el poder, sus resultados en el periodo que finaliza son el mejor indicador de lo que sucederá en el futuro. Otro asunto es el cálculo, por parte del votante, de los resultados de los partidos que aspiran a gobernar, entendiendo que no sería racional comparar resultados concretos contra promesas. Para que el contraste sea correcto, el votante estima los resultados que el partido de oposición habría conseguido en el periodo que concluye de haber ocupado el poder. La confrontación tiene lugar entre una renta efectiva actual de utilidad y otra hipotética actualizada, debido a que es más racional para el votante basar su sufragio en los sucesos corrientes y no en los puramente futuros (Downs, 1973, pp. 43-44). De esa forma, la decisión de la votación trata, ante todo, sobre los beneficios o no que reportó al ciudadano la gestión del partido en el poder durante el mandato. Las elecciones versan sobre el desempeño del gobierno. “La decisión de votar se adopta según la política que el gobierno haya seguido durante el periodo

electoral. Se trata de una reacción del votante a la actuación efectiva del gobierno” (Downs, 1973, p. 257).

Debido a que la incertidumbre restringe la capacidad de los votantes para relacionar cada acto de gobierno con la propia opinión sobre la sociedad ideal, son muchos los ciudadanos para los que resultan útiles las ideologías de los partidos por librarles de la necesidad de relacionar cada cuestión con la propia filosofía. Las ideologías les ayudan a centrar su atención en las diferencias entre los partidos (Downs, 1973, pp. 107-109). Al grado de proximidad que alcance la política de los partidos con su ideología éste los refleja en los conceptos de partido *fiabile* y partido *responsable*.

Con *fiabile* se refiere a “si sus declaraciones de política al comienzo del periodo electoral (incluidas las de su campaña previa a las elecciones) sirven para prever con exactitud su comportamiento (o sus declaraciones, si no resulta elegido) durante el periodo” (Downs, 1973, p. 112). En tanto que un partido es *responsable* si su política en un periodo es congruente con sus acciones o declaraciones en el tiempo precedente. El partido en el poder no necesita ser *fiabile* con tal de que sea responsable, ya que sus acciones corrientes constituyen una guía para su actuación futura aun mejor que sus declaraciones actuales. En tanto que si un partido de la oposición no es *fiabile* será incapaz de ganarse la confianza y, por tanto, los votos de los ciudadanos racionales (Downs, 1973, pp. 114-115).¹

¹ Los partidos formulan propuestas políticas para ganar las elecciones; no tratan de ganar las elecciones para realizar propuestas políticas. Pero a su vez, el votante racional sabe que ningún partido será capaz cumplir con todo cuanto dice que hará. Por tanto, como ya se ha mencionado, el votante toma los resultados del partido gobernante —en el periodo que finaliza— como indicador de lo que ocurrirá en el futuro, y estima los resultados que la oposición habría conseguido en el periodo que concluye de haber ocupado el poder (Downs, 1973). Lo que tienen en común ambas operaciones es que establecen una diferencia prudencial entre las promesas de campaña que hacen los partidos políticos y lo que en realidad alcanzarán a cumplir una vez en el gobierno. Mientras los partidos hacen promesas, los votantes estiman cuánto pueden alcanzar a cumplir de lo que prometen. En ese sentido, un partido de oposición no es *creíble* cuando el votante racional estima que no alcanzará a cumplir no sólo con una parte de lo que promete sino con la parte más sustancial de su oferta política. Por ejemplo, a las elecciones presidenciales de 1999, en Chile, la coalición gobernante de centroizquierda arribó con un desempeño insatisfactorio a lo largo del sexenio reflejado en 28 % de aprobación y 45 % de rechazo del mandatario de turno, Eduardo Frei Ruiz Tagle, en medio, además, de un contexto económico recesivo, con incrementos sustanciales en las tasas de desempleo e inflación. En esas circunstancias, la oposición de derecha se presentó como la alternativa política capaz de devolver al país la estabilidad económica y la eficiencia de la gestión presidencial. Sin embargo, la mayoría de los votantes decidió no respaldar con su voto el ascenso al poder de los partidos de derecha, considerando que la coalición de centroizquierda era, al menos en ese momento, la única fuerza política capaz de proteger la institucionalidad democrática. Durante la campaña los partidos de derecha también se comprometieron a respetar los avances democráticos, pero la mayoría de sus líderes había ocupado cargos del más alto nivel durante la dictadura y, durante la transición, sus representantes en el Congreso habían bloqueado de forma permanente las iniciativas dirigidas a profundizar la democratización. Como resultado, su oferta política no resultó creíble para la mayoría de los votantes que, en cambio, sí respaldaron un nuevo mandato de la coalición centroizquierdista.

En términos de Downs (1973), el carácter fiable de la oposición emerge como requisito previo para que el partido en el gobierno pueda resultar reemplazado. Investigaciones recientes identifican como el escenario *tipo* —que pone de manifiesto que la oposición no constituyó una alternativa gubernamental creíble— aquel en el que a pesar de ser desaprobatoria la percepción de la mayoría de los ciudadanos con respecto del desempeño del partido en el gobierno, una vez celebrados comicios competitivos y transparentes, el oficialismo retiene el poder refrendando su continuidad (Díaz Rodríguez, 2019a). De acuerdo con esa interpretación, constituyen, a su vez, características específicas asociadas a la condición de no creíble de la oposición: 1) que la fuerza política que opta por hacerse con las riendas del poder por la vía electoral carezca de experiencia de gobierno a nivel nacional, constituyendo a su vez una organización que, en su origen y durante etapas de su formación, se ubicó en los extremos del espectro ideológico desde donde defendió posturas antisistema o escasamente proclives a la moderación política; 2) que el liderazgo del principal partido opositor, si bien declara respetar la institucionalidad democrática, sus miembros, sin embargo, ocuparon puestos de responsabilidad durante el régimen no democrático anterior y, en el imaginario político, se les asocia responsabilidad directa o indirecta con la prolongación de esa experiencia autoritaria relativamente reciente. La constante de la condición de opción gubernamental no creíble es que, existiendo un contexto relativamente favorable para que el principal partido de oposición acceda al poder (como consecuencia de que la percepción sobre el desempeño del partido en el gobierno durante el mandato ha sido insatisfactoria) la alternancia en el poder, no obstante, no se concreta. La mayoría de los votantes evidencia su desconfianza hacia el principal partido de la oposición respaldando la continuidad del oficialismo, pese a la pobre gestión exhibida por el partido en el gobierno.

El método comparado es el indicado no sólo para controlar y seleccionar entre diferentes hipótesis o explicaciones igualmente plausibles sino también para sugerir otras más profundas (Morlino, 2010, p. 27). En ese sentido la utilización del mismo en esta investigación requirió de dos etapas: 1) selección del ejemplo regional más afín con la experiencia de AMLO y Morena en los comicios presidenciales de 2018 en México, a partir de los

rasgos comunes que presentan ambos casos —la selección recayó en el caso del Frente Amplio en los comicios presidenciales de Uruguay 1999—; 2) identificación de las diferencias que originaron que, mientras en Uruguay el Frente Amplio no pudo alcanzar la condición de oposición creíble, en México, AMLO y Morena sí lo consiguieron.

El caso del Frente Amplio en los comicios presidenciales de Uruguay en 1999

En las elecciones presidenciales latinoamericanas posteriores al retorno a la democracia en la década de los 80 son notables dos casos en los que, a pesar de existir condiciones relativamente favorables para que no se produjera la continuidad del oficialismo, el principal partido de la oposición no pudo acceder al poder debido a que la mayoría de los votantes lo percibieron como una alternativa gubernamental no creíble:² 1) el Frente Amplio, en las elecciones presidenciales de 1999 en Uruguay; y 2) la coalición de centro-derecha integrada por Unión Democrática Independiente (UDI) y Renovación Nacional (RN) en los comicios presidenciales de Chile también en 1999.³

El caso del Frente Amplio guarda importantes similitudes con la experiencia de Morena en las elecciones presidenciales de 2018 en México. El proceso electoral de 1999 en Uruguay fue el cuarto desde el retorno a la democracia en 1985. La característica fundamental del sistema político uruguayo a partir de 1958 es la existencia de dos partidos relevantes: Partido Colorado y Partido Nacional (*blancos*) y la alternancia del poder entre

² El carácter no creíble de la oposición es un tema poco abordado en los estudios sobre la dinámica de las elecciones presidenciales en América Latina. La identificación de los dos casos de oposición no creíble aquí estudiados se dio a partir del análisis de una muestra de 38 elecciones presidenciales competitivas celebradas en siete países del continente (Argentina, Chile, Uruguay, Brasil, Colombia, Costa Rica y México) entre 1983 y 2018 (Díaz Rodríguez, 2019b, pp. 53-54).

³ El caso chileno no guarda similitud con la experiencia de Morena. En Chile, la razón por la que la coalición opositora de derecha (UDI y RN) no alcanzó a constituir una opción creíble de gobierno en 1999, pese a que la popularidad del mandatario en turno (el demócratacristiano Eduardo Frei Ruiz-Tagle) era de 28 %, y el rechazo de 45 %, fueron los lazos de sus líderes con el régimen autoritario que encabezó Augusto Pinochet entre 1973 y 1988 (Díaz Rodríguez, 2019b, pp. 132-136).

ambas organizaciones. Sin embargo, en 1971, a partir de la formación del Frente Amplio,⁴ aparece una nueva formación no tradicional que pasa a ocupar un lugar relevante en el sistema político (Buquet, 2016). Luego de la irrupción del Frente Amplio en la arena política, los partidos políticos uruguayos se agrupan en dos familias ideológicas: partidos tradicionales y partidos *desafiantes*. Los primeros son el Partido Colorado y el Partido Nacional, ambos ubicados en el ala derecha del espectro ideológico; mientras que el segundo es el Frente Amplio, ubicado en el centro-izquierda.⁵

Luego del retorno a la democracia en 1985 (Chasquetti y Buquet, 2004; Caetano, 2005; Corbo, 2007), los colorados se aseguraron dos mandatos presidenciales, el de 1985-1990 y el de 1995-2000, ambos encabezados por Julio María Sanguinetti. En cambio, los blancos dirigieron el país con la administración de Luis A. Lacalle entre 1990 y 1995. Sin embargo, el aspecto más relevante de ese periodo (1985-2000) fue el continuo crecimiento de la intención de voto de la izquierda (Frente Amplio) que gradualmente pasó de tener cerca de 20%, a una cifra ligeramente superior a 40% de los votos (Yaffe, 2004). El sistema de partidos uruguayo, posterior a la transición a la democracia en 1985, lejos de retornar al formato bipartidista puro que tuvo entre 1958 y 1971, tendió a fragmentarse, lo cual dio lugar a un sistema con tres partidos importantes: colorados, blancos y Frente Amplio (Buquet, 2016).⁶

En Uruguay, los años ochenta también significaron el abandono del modelo de sustitución de importaciones por el de apertura y privatización. La responsabilidad por la introducción de las políticas liberales recayó en los gobiernos comandados por Luis A. Lacalle 1990-1995 (blancos) y la segunda administración de Julio María Sanguinetti, de 1995 a 2000 (colorado). Los comicios presidenciales de 1999, en los que el candidato

⁴ El Frente Amplio, se formó en 1971, producto de la coalición entre varias organizaciones de izquierda y de centro como el Partido Socialista, el Partido Comunista y el Partido Demócrata Cristiano, respectivamente, y algunos sectores escindidos del Partido Colorado y del Partido Nacional.

⁵ Hasta 2002 no se fundó un segundo partido desafiante en Uruguay, el Partido Independiente, Social Demócrata y Socialista Cristiano. Hasta el 2004, ninguno de los partidos desafiante había estado a cargo del gobierno nacional, por esa razón se les acuñó ese término (González, 1999; Queirolo Velasco, 2006).

⁶ De acuerdo con Buquet (2016), el número efectivo de partidos en Uruguay fue de 2.95 en 1984, de 3.29 en 1994 y de tres en 1999.

presidencial del oficialismo fue Jorge Batlle, se celebraron también en un contexto económico relativamente adverso para los propósitos del partido de gobierno de retener el poder.⁷ En especial, conspiraba contra las pretensiones del partido de gobierno, que durante el mandato la aprobación del gobernante de turno, Julio María Sanguinetti, se mantuvo como tendencia baja; mientras su tasa de desaprobación promedio anual fue casi siempre muy superior a 40%, con picos de 51% (septiembre de 1995), 50% (mayo de 1996), 48% (marzo de 1997) y 42% (junio de 1999).

Tabla 1. Evolución de la aprobación del presidente Julio María Sanguinetti (1994-1999)

Fecha	Aprobación
Junio de 1995	27%
Junio de 1996	23%
Junio de 1997	20%
Junio de 1998	28%
Junio de 1999	26%

Fuente: Elaboración propia con datos de Encuestas de Equipos Mori.

Debido a que, a lo largo del mandato de Sanguinetti, los partidos colorado y blanco compartieron, como nunca antes, las responsabilidades ejecutivas y legislativas formando un gobierno de coalición, la pobre evaluación del presidente reflejaba a su vez el bajo nivel de aprobación de la gestión gubernamental de los dos partidos tradicionales.

⁷ Mientras que durante el año preelectoral de 1998, el crecimiento del producto interno bruto fue de 4.51 y en el año electoral de 1999 fue de -1.93 (Banco Mundial, s. f.).

En la primera fase de los comicios,⁸ se presentaron cinco fórmulas en representación de cada una de las fuerzas políticas en disputa: Jorge Batlle por el oficialista Partido Colorado, el expresidente Luis Alberto Lacalle por el Partido Nacional, Tabaré Vázquez por El Frente Amplio-Encuentro Progresista,⁹ Rafael Michelini por Nuevo Espacio¹⁰ y Luis Pieri por Unión Cívica.¹¹ El ganador de la primera vuelta fue el representante del Frente Amplio-Encuentro Progresista, Tabaré Vázquez, quien obtuvo 40.1 % de los votos, superando por 7.3 puntos al candidato del Partido Colorado, Jorge Batlle, (32.8%). Por su parte, el Partido Blanco quedó relegado al tercer lugar con 22.3% de los votos, mientras Nuevo Espacio y Unión Cívica, obtuvieron 4.6% y 0.2% de los votos, respectivamente. Sin embargo, en la segunda fase de los comicios se produjo una reversión del resultado inicial, consistente en que el candidato triunfador en primera vuelta terminó derrotado en la segunda. En efecto, el oficialista Jorge Batlle se impuso con 52.52% de los votos, contra 44.5% obtenidos por el representante del Frente Amplio, Tabaré Vázquez (Corte Electoral del Uruguay, 1999). Si la aprobación del mandatario de turno, Julio María Sanguinetti, era decididamente baja (26%) (y en esas circunstancias, de acuerdo con Echegaray (1996) y Díaz Rodríguez (2019a), es de esperar que el caudal de votos que consigue el oficialismo tienda a ser insuficiente para el propósito de conservar el poder), ¿cómo fue posible que se revirtiera el resultado de la primera vuelta electoral de los comicios de 1999 a favor del candidato oficialista, Jorge Batlle?¹²

⁸ La de 1999 resultó la primera elección presidencial que se celebró por el sistema de dos vueltas por mayoría absoluta. En 1996, blancos y colorados aprobaron una reforma constitucional de carácter electoral que eliminó el tradicional mecanismo de mayoría relativa.

⁹ Encuentro Progresista lo forman dos partidos minoritarios: el Partido Demócrata Cristiano de Uruguay y un sector no mayoritario de Nuevo Espacio que se incorporó a una alianza con el Frente Amplio.

¹⁰ Nuevo Espacio se fundó en agosto de 1994, aunque originalmente surgió en 1989 como un desprendimiento del Frente Amplio. En los comicios presidenciales de 1994, Nuevo Espacio obtuvo una banca en el Senado y cinco diputados. En las elecciones de 1999 obtuvo nuevamente un escaño en el Senado y cuatro diputados.

¹¹ La Unión Cívica es un partido político minoritario de tendencia socialcristiana y conservador cuya fundación data de principios del siglo xx. En los comicios de 1989, formó parte de Nuevo Espacio, mientras en 1994 y 1999 compareció sola obteniendo en ambos casos votaciones inferiores a 1% de los votos.

¹² Para Buquet (2000) y Lanzaro (2007), la reforma de 1996 que introdujo la segunda vuelta electoral fue la clave del triunfo del candidato presidencial del Partido Colorado. “La reforma dio un respiro a los partidos tradicionales, que todavía lograron ganar en 1999, gracias al *ballotage*” (Lanzaro, 2007, p. 14). En este texto se sostiene que el cambio hacia la doble vuelta en la práctica significaba sólo garantizar que el ganador de los comicios presidenciales tuviera el respaldo de la mayoría absoluta de los votantes. El Frente Amplio en 1999 sencillamente no cumplía con esa condición, a pesar de la baja aprobación del gobierno de coalición entre colorados y blancos (1995-2000), de haber

La respuesta es que, en 1999, el Frente Amplio no constituía una oposición creíble, debido a que la izquierda no había gobernado ni cogobernado a nivel nacional. En Uruguay, salvo en las dos etapas de interrupción democrática que tuvieron lugar a lo largo del siglo xx (1933-1942 y 1973-1985), las riendas del país las habían llevado siempre los partidos colorado y blanco (Chasqueti y Buquet, 2004).

Para Moreira (2000), la razón por la que el electorado uruguayo se manifestó a favor del continuismo de la política vigente es que

la izquierda no tenía una gestión de gobierno que ofrecer en garantía (la experiencia municipal no es un argumento muy convincente en un país de tradición centralista como el nuestro). Tenía su programa que fue auscultado de atrás para adelante, de anverso y reverso, durante toda la campaña electoral ... El Partido Colorado no precisaba mostrar su programa. Sólo precisaba mostrar su larguísima gestión a cargo del gobierno uruguayo para conquistar sus votos. (Moreira, 2000, p. 17)

De acuerdo también con la autora, el eventual arribo de la izquierda al poder en 1999

supone una suerte de *salto al vacío* para miles de ciudadanos poco informados, poco activos, envejecidos que la perciben como una amenaza para un *statu quo* que, aunque no los recompense, parece preferible a encarar un riesgo de esa naturaleza y, al mismo tiempo, para los ciudadanos “ilustrados y activos”, que sí han sido recompensados por el *statu quo*, la amenaza de la izquierda no es apenas simbólica o ideológica sino real. (Moreira, 2000, p. 22)

En ese sentido, Moreira coincide con Magaloni (1999) sobre la desventaja que puede significar el hecho de que un partido político no haya estado

crecido en intención de voto de manera ininterrumpida desde el retorno a la democracia en 1984 y de beneficiarse de la recesión económica que afectó al país en los años preelectoral (1998) y el propiamente electoral (1999). Todavía era incapaz de obtener el respaldo de la mayoría de los votantes, resultado que, en cambio, los partidos tradicionales demostraron que no les estaba vedado. La experiencia comparada demuestra además que los cambios en el mecanismo de elección del presidente no necesariamente implican la retención del poder por parte del oficialismo. Los comicios presidenciales de Brasil en 1989 y de República en Dominicana 1994, precedidos por la introducción de la doble vuelta electoral, también niegan la legitimidad de esa interpretación.

nunca al frente del gobierno nacional, debido que los votantes manifiestan mayor incertidumbre con los partidos que no tienen experiencia, ya que tienen menos información para evaluar cómo estos gobernarán que para pronosticar la gestión de los partidos que ya lo hicieron. Adicionalmente a la falta de experiencia de gobierno a nivel nacional, otro aspecto que también contribuye a esclarecer por qué el Frente Amplio en 1999 no constituía una opción de gobierno fiable es su historia. El origen y buena parte del desarrollo de la organización, desde su fundación en 1971, estuvo signada por su postura ideológica de carácter *antisistema*. Durante muchos años el Frente Amplio no manifestó un compromiso con la democracia liberal, sino por su transformación en otro tipo de régimen de carácter socialista (Garcé y Yaffé, 2006). Fue justo hacia los años noventa que en su seno tuvo lugar un proceso gradual de tránsito hacia posturas moderadas. No obstante, el costo político de las posiciones radicales defendidas con anterioridad tiende a extenderse un tiempo mucho mayor que el requerido por la mutación de carácter interno. Después de que la organización da por concluida la transición programática, los votantes racionales continúan encontrando dificultad para confiar en la seriedad de la renovación de las proyecciones anunciadas. Esa percepción de desconfianza es reflejada fielmente en la expresión de que para el grueso de los votantes uruguayos respaldar al Frente Amplio en la segunda vuelta de los comicios presidenciales de 1999 representaba una suerte de *salto al vacío*. Moreira (2000), a su vez, destaca que la falta de experiencia gubernamental a nivel del país del Frente Amplio también se asocia con el espacio en el que se ubica esa fuerza política (en este caso, a la izquierda del espectro ideológico), desde donde era visto con desconfianza para un votante tradicionalmente inclinado a respaldar la moderación política. De acuerdo con Garcé y Yaffé (2006), entre 1971 y 1984 la ideología de la mayor parte de los partidos que integraban el Frente Amplio subestimaba el papel de la democracia liberal y aspiraba a instaurar lo más pronto posible el socialismo. Mientras entre 1985 y 1994 el Frente vivió una etapa de transición ideológica impulsada por factores domésticos y endógenos que la llevó a abandonar la mayoría de sus propuestas programáticas de comienzos de 1970. En resumen, la izquierda uruguaya no constituía una opción fiable de gobierno democrático a nivel nacional en

1999. Como lo demostró la reversión del resultado de la primera vuelta, su eventual ascenso al poder entrañaba para la mayoría de los votantes una amenaza, un alto riesgo.¹³

El caso de Andrés Manuel López Obrador y Morena

Las similitudes que guarda el caso del Frente Amplio en los comicios presidenciales en Uruguay 1999, con la experiencia de la participación de AMLO y Morena en el proceso electoral de 2018 en México son varias. En primer lugar, del mismo modo que en Uruguay, en México dos partidos tradicionales habían sido los únicos en llevar las riendas del gobierno nacional, el Partido Revolucionario Institucional (PRI), durante la mayor parte del siglo xx, de 1929 a 2000; el Partido Acción Nacional (PAN), de 2000 a 2012; y, nuevamente, el PRI, de 2012 a 2018;¹⁴ esto a pesar de que, desde finales de la década de los años ochenta, el sistema mexicano de partidos transitó gradualmente hacia un formato con tres partidos importantes,¹⁵ PRI, PAN y el Partido de la Revolución Democrática (PRD);¹⁶ así como que en el año 2000 tuvo lugar la alternancia política en el Ejecutivo federal. Al igual que ocurrió con el Frente Amplio en 1999, Morena carecía de experiencia de gobierno a nivel nacional en el sentido de que los referentes de la forma-

¹³ No será hasta los comicios presidenciales de 2004, luego de la profunda e inédita crisis vivida por el país en 2002, que de forma decisiva la izquierda se acercara a los uruguayos y los uruguayos a su vez a la izquierda, llegando entonces a “competir exitosamente por los votantes de centro, que constituyen el sector más grande y de hecho el núcleo decisivo del electorado uruguayo” (Lanzaro, 2015, p.21).

¹⁴ El sistema político mexicano tuvo una dinámica de partido hegemónico durante la mayor parte del siglo xx. En la medida en que el PAN y el PRD, surgido este último en 1989, lograron aumentar significativamente su representación en las cámaras legislativas federales (especialmente en las elecciones de 1994 y 1997), el sistema evolucionó de manera estable hacia un sistema con tres partidos importantes (PRI, PAN y PRD); formato que se mantuvo (aunque con cambios significativos en la correlación de fuerzas entre las diferentes formaciones) desde que ocurrió la alternancia en el año 2000 hasta los comicios presidenciales y legislativos de 2018.

¹⁵ Méndez de Hoyos (2007) registra que el número efectivo de partidos electorales en México en 1991 era de 2.21 mientras en el año 2003 alcanzó 3.78. En tanto que en la misma etapa el número efectivo de partidos legislativos evolucionó de 2.21 a 3.01.

¹⁶ Considerando válida la concepción de González (1999) y aplicándola al caso mexicano, a partir de consumarse la alternancia en el año 2000 con el arribo al poder del PAN (partido de derecha), el PRD ubicado a la izquierda del espectro ideológico, se convirtió en el partido *desafiante* dentro del sistema mexicano de partidos por dos razones: a diferencia del PRI y el PAN (este último fundado en 1939), en estricto sentido el PRD no formaba parte del grupo de los partidos políticos tradicionales y tampoco había estado a cargo del gobierno nacional. En el mismo sentido, entre 1989 y 2015, el PRD constituyó el partido de izquierda más relevante dentro del sistema mexicano de partidos.

ción no habían tenido la responsabilidad de estar a cargo de la Presidencia. Candidatos de la formación provenientes del PRD habían acumulado experiencia de oposición parlamentaria (incluso la de llevar las riendas del gobierno en un estado en particular), pero nunca de dirigir al conjunto del país, con el aprendizaje y las responsabilidades inherentes a ese estatus.¹⁷ El costo es que los votantes manifiestan mayor incertidumbre hacia esos partidos, ya que tienen menos información para evaluar cómo gobernarán que para pronosticar la actuación de los partidos que ya gobernaron. La falta de experiencia de gobierno a nivel nacional en Morena es más visible, debido a que la formación había obtenido su registro como partido tan sólo cuatro años antes de la celebración de los comicios presidenciales (es decir, 2014), por lo que, como organización, jamás había tenido responsabilidades de gobierno siquiera a nivel estatal. En efecto, Morena fue creada primero como organización civil con registro ante notario público el 2 de octubre de 2011. Sus antecedentes fueron la Convención Nacional Democrática (CND), el *gobierno legítimo* y el Movimiento Nacional en Defensa del Petróleo, la Soberanía y la Economía Popular (Bolívar Meza, 2013a y 2013b).

Morena surgió fuera de la estructura de los tres partidos políticos de izquierda ya existentes (Partido de la Revolución Democrática, Movimiento Ciudadano y Partido del Trabajo),¹⁸ pero con miras a participar en el proceso electoral de 2012, en el que constituyó la base de apoyo autónoma del candidato presidencial de la coalición Movimiento Progresista, Andrés Manuel López Obrador, quien formalmente continuaba perteneciendo al PRD (Bolívar Meza, 2014). Sin renunciar en un primer momento a la militancia perredista, López Obrador tejió una organización de carácter nacional cuya premisa organizativa era la identificación de sus miembros con la trayectoria política y las visiones

¹⁷ Al igual que Morena, el Frente Amplio, previo a los comicios de 1999, también contaba con referentes con experiencia como parlamentarios nacionales. Incluso su candidato presidencial de entonces, Tabaré Vázquez (como luego AMLO en México), había dirigido la capital de la nación. Pero eso no significa que, como fuerza política, tuviera experiencia de gobierno a nivel federal, la cual sólo se adquiere en el ejercicio directo de la responsabilidad suprema de ser titular del Ejecutivo nacional y partido gobernante a nivel país.

¹⁸ De acuerdo con Illades (2015), la izquierda mexicana actual es una mixtura donde se pueden distinguir tres corrientes: socialismo, socialcristianismo y nacionalismo. El nacionalismo revolucionario se desdobló, a su vez, en dos grupos: uno que privilegia la política formal y posee una estrategia reformista (PRD), y otro que hunde sus raíces reales e imaginarias en la historia nacional y antepone la movilización social a la política partidaria (Morena), sin postular como objetivo central la revolución (si bien cree que el país requiere un cambio de fondo, llámese *regeneración*).

del líder. Luego de los comicios presidenciales de 2012, al acentuarse las divergencias con el liderazgo de la corriente política que tomaba las decisiones al interior del PRD (Nueva Izquierda), López Obrador abandonó ese partido y se volcó a transformar a Morena en un partido político legalmente constituido.¹⁹ Básicamente desde el interior del PRD, López Obrador crea una estructura política alternativa para despojar a su organización de origen de la condición de principal referente de la izquierda en México.²⁰

En 2014, el Movimiento de Regeneración Nacional (Morena) obtuvo su registro (Instituto Nacional Electoral, 2014), y en 2015 participó en las elecciones intermedias en la que contendió contra el PRI, el PAN y el PRD, las tres fuerzas predominantes del sistema político mexicano (Espinoza Toledo y Navarrete Vela, 2016, p. 82).

La creación de Morena se encuentra indisolublemente ligada a López Obrador (Espejel Espinoza, 2015; Espinoza Toledo y Navarrete Vela, 2016; Bolívar Meza, 2017). Si algo caracteriza el perfil organizativo inicial de Morena es, sin dudas, el liderazgo carismático de AMLO, ante el cual nadie le hace frente (Espejel Espinoza, 2015). López Obrador es la figura central de Morena, el tabasqueño es el fundador y líder indiscutible, el jefe real de la organización de acuerdo con la distinción propuesta por Duverger (Espinoza Toledo y Navarrete Vela, 2016). En ese sentido, la institucionalización interna de Morena es débil, al depender de un líder carismático que en muchos casos está, en términos reales, por encima de los estatutos del partido. Se trata de una organización con un líder carismático y un nutrido grupo de seguidores identificados ampliamente con las posturas de su líder y su proyecto de nación (Bolívar Meza, 2014).²¹

¹⁹ De acuerdo con Navarrete Vela, Camacho Sánchez y Ceja García (2017, p. 21), la renuncia o abandono del PRD por parte de AMLO tuvo como base las siguientes razones: 1) predominio de la facción de Nueva Izquierda desde 2008 en el Comité Ejecutivo Nacional (CEN); 2) control de Nueva Izquierda en la coordinación en el Senado desde el año 2000 hasta 2018; 3) el rechazo de Nueva Izquierda hacia las acciones postelectorales de López Obrador, primero con el gobierno legítimo y, posteriormente, el Movimiento Regeneración Nacional, A. C.; y 4) rechazo de López Obrador hacia el Pacto por México, limitado el margen de maniobra de éste en las estrategias políticas y electorales del PRD.

²⁰ Morena gana terreno en competencia contra los propios partidos de izquierda, fundamentalmente contra el PRD, partido al cual arrebató la condición de principal referente de esa vertiente ideológico. En ese sentido, la experiencia de Morena difiere de la del Frente Amplio, surgido a partir de la unión y movimientos de fuerzas de izquierdas.

²¹ Se trata de otra diferencia con respecto del Frente Amplio. Morena responde a un liderazgo homogéneo, indiscutido y vertical de AMLO y, por tanto, eventualmente más propenso a despertar recelo en relación con el compromiso real de la organización con la democracia.

Rumbo a sus primeros desafíos electorales (durante los años 2015 y 2016, así como a su primera contienda presidencial en 2018), las credenciales de Morena no pueden resultar más controvertidas: es un partido político de reciente formación, sin experiencia de gobierno a nivel nacional y organizacionalmente subordinado al carisma de Andrés Manuel López Obrador. Sin embargo, la primera participación de Morena como partido político en las elecciones intermedias de 2015 le reportó un histórico 8 370 000 votos (cuarto lugar en captación de votos detrás de PRI, PAN y PRD). Ningún partido de reciente creación había logrado algo similar en su primera incursión electoral. La nueva organización partidista consiguió 36 diputados (15 de mayoría relativa y 21 de representación proporcional). En cuanto a las elecciones en el Distrito Federal, Morena se convirtió en el partido mayoritario en la Asamblea Legislativa terminando con el predominio que exhibía el PRD desde 1997, obteniendo además el control sobre cinco de las 16 jefaturas delegacionales (Navarrete Vela, Camacho Sánchez y Ceja García, 2017).

Camino a las elecciones presidenciales de 2018, si bien Morena obtuvo votaciones importantes en las elecciones legislativas nacionales y en las referidas a la integración de la Asamblea del Distrito Federal (2015), su experiencia de gobierno a nivel ejecutivo se limitaba a las delegaciones que encabezó en la capital del país; a lo que sumaba, ciertamente, el hecho de que un grupo de sus cuadros, provenientes del PRD, ocuparon puestos de dirección en los distintos gobiernos de la Ciudad de México, especialmente, Andrés Manuel López Obrador que fue jefe de Gobierno entre 2000 y 2006.²²

En segundo lugar, AMLO y Morena, al igual que el Frente Amplio, se ubican a la izquierda del espectro ideológico, polo que en América Latina se ha visto con desconfianza por el votante más dispuesto a respaldar opciones políticas comprometidas con la moderación. Aunque los inicios de la trayectoria política de AMLO tienen que ver con el liderazgo social y

²² En el primer CEN de Morena (2012-2015), además de AMLO lo conformaron otros cinco miembros con experiencia gubernamental y un total de ocho con experiencia fundamentalmente política; en el segundo CEN (2015-2018), el número de integrantes con aval de gobierno aumentó a ocho, mientras los de experiencia política se redujo a tres (Navarrete Vela, Camacho Sánchez y Ceja García, 2017, pp. 24-25).

luego con su incorporación al PRI, organización que constituía el centro del sistema hegemónico y a la que llegó a dirigir a nivel estatal en 1983, en Tabasco (su lugar de nacimiento), su capital político lo acumula en el PRD organización a la que se integra como fundador en 1989, bajo el liderazgo de Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano.²³ En ese entonces, el PRD predicaba una estrategia denominada *rupturista* que encabezaba Cárdenas, la cual buscaba una transformación radical del sistema político (Espinoza Toledo y Navarrete Vela, 2016; Modonessi, 2018). Sin embargo, bajo la presidencia partidaria de López Obrador (1996-1999), y desde la ascendencia política que le reportó el cargo de jefe de Gobierno del Distrito Federal (2000-2005), el PRD reafirmó una nueva estrategia que se había definido durante la dirigencia de Porfirio Muñoz Ledo (Palma, 2006) consistente en la construcción de la estructura electoral del partido (Espinoza Toledo y Navarrete Vela, 2016). De acuerdo con Illades (2016), desde el cargo de jefe de Gobierno, ante el declive de otros liderazgos personalizados como el de Cuauhtémoc Cárdenas en el PRD, y de la izquierda social como el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), el espacio de la izquierda fue cubierto por el liderazgo carismático de López Obrador, quien retomó los principios de una izquierda nacionalista que se sobrepuso a las otras (Illades, 2016, pp. 19-20).²⁴

Por su parte, Morena, cuyo surgimiento está vinculado con la crisis político-electoral que resultó del cuestionado proceso electoral de 2006 y, en menor medida, del desaseado proceso electoral de 2012 (Bolívar Meza, 2014), se inserta como un partido de izquierda ligado fuertemente al carisma de Andrés Manuel López Obrador. Su origen fundacional, como civil-personal, lo diferencia del PRD en su creación en 1989 (producto de un proceso civil-colectivo) (Bolívar Meza, 2014; Espejel Espinoza, 2015; Navarrete Vela, Camacho Sánchez y Ceja García, 2017).

²³ Tanto Cárdenas como López Obrador contribuyeron decisivamente al desarrollo del PRD y a su conversión en una fuerza política importante (Navarrete, 2016).

²⁴ Para Navarrete Vela (2016), el pragmatismo que mostró López Obrador como presidente nacional del PRD posicionó al partido en el ámbito político electoral. Mientras la postura de Cárdenas fue más ideológica y el tipo de liderazgo fue dominante, la de AMLO fue más pragmático e integrador (Navarrete Vela, 2016, pp.119-120).

Si bien Morena se inserta en un espacio que se podría denominar como *izquierda institucional mexicana*, es la trayectoria y el liderazgo de López Obrador en esa organización por lo que se explica la potencial desconfianza del electorado. Lo específico del caso de AMLO residió en que las eventuales reservas del votante hacia su candidatura no son resultado de definiciones programáticas propiamente socialistas o antisistémicas que él o su organización haya formulado.²⁵ La clave de la desconfianza hacia AMLO (y por extensión a Morena) descansaba más en su amplio historial como líder proclive a promover, entre sus partidarios, comportamientos que desafían las vías institucionales, así como en la propensión a ejercer un liderazgo carismático dominante o personalista.²⁶

En efecto, si bien programáticamente Morena jamás se planteó como meta la transformación anticapitalista de la sociedad (Bolívar Meza, 2014; Espejel Espinoza, 2015; Navarrete Vela, Camacho Sánchez y Ceja García, 2017), y entre 1997 y 2005 (mientras dirigía el PRD y el gobierno del Distrito Federal), para algunos autores AMLO puso de manifiesto un liderazgo basado en la integración y la interlocución (Navarrete, 2016), simultáneamente el político tabasqueño arrastraba un historial de mostrarse proclive a privilegiar, en ciertos escenarios, el empleo de prácticas políticas radicales (García Bartolo, 2007), así como a desarrollar un estilo de gobierno autoritario (Krauze, 2006), o cuando menos de ejercer un liderazgo carismático dominante como el mostrado entre 2006 y 2008 (Navarrete, 2016).²⁷ Gar-

²⁵ De hecho, en su periplo por el PRD, los analistas ubican a AMLO en la segunda corriente importante que dominó el horizonte ideológico de ese partido (desde la segunda mitad de los años noventa hasta la actualidad): la *no rupturista*, es decir, la que defendía la democracia y el acceso al poder por medio de la creación de una potente estructura electoral.

²⁶ Existió una relación de complementariedad entre AMLO y el PRD. En la formación tuvo lugar la construcción del capital político del tabasqueño y AMLO hizo más competitivo al PRD en la arena político-electoral sobre la base de un liderazgo carismático integrador. Pero a partir de 2006, este carisma se volvió dominante y se reflejó en los resultados de los comicios presidenciales de ese año (Navarrete, 2016, pp. 163, 192). A la inversa de lo ocurrido con Cárdenas, el discurso de López Obrador pasó de ser moderado a radical (Navarrete Vela, 2016, p. 169).

²⁷ Que el liderazgo de AMLO no buscara nunca una revolución no significa que, en determinados momentos de su trayectoria, no asumiera posturas de desafío de la institucionalidad (la toma de pozos petroleros, el megaplantón en Reforma, su autoproclamación como *presidente legítimo*, etcétera). Dichos episodios muestran un liderazgo no ciertamente propenso a la moderación política. Incluso Navarrete Vela (2016), que no es precisamente un crítico de López Obrador, reconoce que entre 2006 y 2008 éste abandonó el liderazgo carismático integrador para volverse carismático dominante, lo que se reflejó en el resultado de los comicios de 2006. Aunque existe una diferencia de principio entre el liderazgo carismático dominante y el liderazgo carismático revolucionario, el primero, no obstante, al estar basado en un comportamiento dominador del líder que impone su voluntad al grupo, no contribuye a la percepción del liderazgo como propenso a la moderación que es vital para atraer a los votantes de centro. En ese sentido, Bolívar Meza (2017) registra que a partir de 2011 AMLO se propuso cambiar la imagen que una parte de la opinión pública tenía de él como de un político radical.

cía Bartolo (2007) registra en la biografía de AMLO un grupo de eventos que asocian el liderazgo del tabasqueño como proclive a asumir formas radicales de hacer política. En 1994 perdió las elecciones a gobernador contra Roberto Madrazo Pintado del PRI. Luego de la derrota, López Obrador impugnó el resultado electoral y organizó plantones en Villahermosa, Tabasco. En 1996 dirigió una movilización de agrupaciones indígenas organizadas en La Chontalpa para tomar más de 50 pozos petroleros en protesta por el desvío de recursos, la errática administración del petróleo y los daños ecológicos por la negligencia de Pemex en Tabasco. En 2006, luego de una campaña presidencial en la que el panismo identificó a López Obrador como “un peligro para México”, y a sus simpatizantes como “violentos” y en la que se presentaron importantes irregularidades (luego de que el IFE proclamó como ganador a Felipe Calderón con una ventaja de 0.58% —es decir, 243 934 votos—) AMLO encabezó un megaplantón en la principal arteria capitalina, desconoció la decisión del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación (TEPJF) (que declaró válidas las elecciones del 2 de julio) y organizó la Convención Nacional Demócrata que lo declaró por unanimidad como *presidente legítimo* de México, reiterando el desconocimiento para Felipe Calderón (García Bartolo, 2007, pp. 23-30). Por último, en 2012 volvió a ser candidato a la Presidencia por segunda ocasión consecutiva, encabezando la coalición denominada Movimiento Progresista, integrada por el PRD, PT y MC (antes Convergencia). Nuevamente quedó en segundo lugar, alegando también que hubo un proceso electoral fraudulento y obligando a que el resultado electoral fuera refrendado en los tribunales (Bolívar Meza, 2017).

Por su parte, Krauze (2006), durante la primera elección mencionada, elaboró un perfil político de López Obrador que lo presentaba ante la opinión pública como un líder opositor no fiable. De acuerdo con Krauze, lo preocupante en López Obrador es López Obrador mismo, a quien no considera un representante de la izquierda moderna sino de la izquierda autoritaria. Para el historiador, la pasión del tabasqueño no es una simple pasión política, sino una nimbada por una misión providencial que no podrá dejar de ser esencialmente disruptiva e intolerante. Krauze concluye que el inconsciente colectivo de muchos mexicanos está arrastrando a Ló-

pez Obrador al desequilibrio, exigiéndole cumplir expectativas mesiánicas y empujándolo a comportarse como una especie de *hombre maná*, que se ha propuesto purificar, de una vez por todas, la existencia de México y que, en términos de vida democrática, potencialmente puede conducir a que el país pierda años que son irre recuperables.

Por último, la identificación de las similitudes entre la experiencia del Frente Amplio en las elecciones presidenciales de 1999 con la de AMLO y Morena en los comicios de 2018 en México finaliza destacando que, como en el país sudamericano, en el caso de México, la percepción del desempeño del mandatario de turno fue notoriamente desaprobatoria. Si bien, desde los albores del gobierno hasta el último trimestre de 2014, los niveles de aprobación del presidente Enrique Peña Nieto tienden a ser superiores a los de desaprobación, la dinámica se invierte a partir del último trimestre de 2014. Así por ejemplo, en febrero de 2018, la aprobación del expresidente priista registra 26%, mientras la desaprobación es de 70%. Algunos de los eventos que guardan relación con esa caída son la desaparición forzada de normalistas en Ayotzinapa, el reportaje sobre la Casa Blanca, el incremento importante en el precio de la gasolina y la invitación a México al entonces candidato presidencial Donald Trump (Parametría, 2018).

Tabla 2. Evolución de la popularidad del presidente Enrique Peña Nieto durante el sexenio 2012-2018

Fecha	Aprobación de Peña Nieto	Desaprobación de Peña Nieto
Abril/junio 2013	62%	32%
Marzo/abril 2014	51%	47%
Marzo 2015	39%	58%
Marzo 2016	36%	62%
Marzo 2017	21%	79% ²⁸
Febrero 2018	26%	70%

Fuente: Elaboración propia con los datos obtenidos de Parametría (2018).

No obstante las similitudes identificadas entre los casos objeto de contraste, los resultados electorales difieren de manera radical en ambos países. En 1999, en Uruguay, no se produjo lo que Moreira (2000) denominó el *salto al vacío*. El Frente Amplio es derrotado por la coalición de los partidos tradicionales por una diferencia de ocho puntos porcentuales. En cambio, en los comicios presidenciales de 2018 en México, sucede exactamente lo contrario, AMLO y Morena obtienen el respaldo indiscutido de la mayoría de los votantes, con una diferencia de 30 puntos sobre el ocupante del segundo lugar, Ricardo Anaya (PAN). El salto a lo desconocido fue consumado sin titubeos. ¿Por qué razón, pese a las similitudes con el caso de la participación del Frente Amplio en los comicios presidenciales de Uruguay 1999, en las elecciones de 2018 en México López Obrador y Morena no fueron percibidos por la mayoría de los votantes como una oposición no creíble?

²⁸ Aunque los niveles de aprobación de Julio María Sanguinetti (1994-2000) y de Enrique Peña Nieto (2012-2018) —hacia el final de sus respectivas administraciones— coinciden (26%), la desaprobación del primero jamás alcanzó los niveles exhibidos por el segundo. De hecho, al inicio de la campaña electoral de 1999, la desaprobación de Sanguinetti era de 42%, muy distante del correspondiente 70% que exhibía Peña Nieto. Por tanto, el rechazo al gobierno de los partidos tradicionales en Uruguay (1999) era importante, pero de ninguna manera decisivo o generalizado como lo fue en México.

AMLO y Morena una opción de gobierno creíble

Rumbo a los comicios presidenciales de 2018, López Obrador y Morena carecían de experiencia de gobierno a nivel nacional y, desde su ubicación a la izquierda del espectro ideológico —como consecuencia del liderazgo del político tabasqueño—, arrastraban también el historial de hacer política radical o, cuando menos, de no ser propensos a la moderación política ante ciertos escenarios. Adicionalmente, las elecciones presidenciales de 2018 representaron oficialmente la primera competencia de esa naturaleza para una organización creada en 2014, que apenas superaba la fase organizativa y, que desde su propio surgimiento, dependía para su supervivencia de disputarle espacios al PRD dentro del propio espectro ideológico al que ambos partidos políticos pertenecían: la izquierda institucional. Como si no fuera suficiente, nunca fue un secreto que en el interior de Morena las decisiones relevantes estaban lejos de tomarse mediante procedimientos democráticos.

En efecto, los rasgos señalados revelan la propensión de AMLO y Morena a ser percibidos como una opción de gobierno no creíble a nivel nacional, a menos que una estructura de oportunidades relevantes facilitara que los atributos menos competitivos de ambos fueran relegados por los electores a un plano secundario. Esa fue la función que jugó la confluencia de tres procesos: 1) el desencanto de los votantes con el desempeño de los gobiernos de los partidos tradicionales, que alcanzó su clímax hacia el final del sexenio del mandatario priista Enrique Peña Nieto; 2) la apuesta por la moderación política observable en el tabasqueño a partir de 2009; 3) la asunción de Morena de posturas propias de partidos *catch all* en el proceso electoral de 2018.

El triunfo electoral de Peña Nieto en 2012 había sido relevante porque significó el regreso del PRI después de 12 años de administraciones panistas. El distante tercer lugar alcanzado en la contienda por la candidata presidencial del PAN, Josefina Vázquez Mota, evidenció el agotamiento de los votantes con la forma de gestionar los asuntos públicos por parte del partido que en los comicios presidenciales del año 2000 había protagonizado la quiebra del sistema de partido hegemónico. Tras 12 años los gobiernos panistas no sólo no trajeron los resultados esperados, sino que además pro-

movieron el retorno del PRI. El propio Peña Nieto se encargó de amplificar las expectativas sobre el retorno al poder del Revolucionario Institucional insistiendo en que si algún partido tenía experiencia de gobierno era el PRI. Sin embargo, al finalizar el mandato en 2018, 81 % (es decir, ocho de cada 10 mexicanos) consideró que, durante sus seis años de gobierno, el presidente Enrique Peña Nieto hizo menos de lo esperado (Parametría, 2018),²⁹ mientras que 78 % no albergaba dudas acerca de que Peña Nieto estaba entregando un país peor al que recibió (Parametría, 2018). La evaluación del mandatario saliente por áreas brinda un panorama desolador. El desempeño del mandatario en el combate contra el narcotráfico fue desaprobado con 82 %, 84 % con respecto del combate a la delincuencia, 78 % el enfrentamiento a la corrupción, 76 % el combate a la pobreza, 68 % la generación empleo y el combate contra el hambre, 62 % la mejora de la vivienda, 59 % la gestión de la salud y 52 % de la educación (Parametría, 2018). El informe de Latinobarómetro 2018 confirma la debacle, sólo 14 % de los mexicanos consideró que el país estaba progresando; una cifra muy por debajo de países como Bolivia (44 %), Chile (33 %), República Dominicana (33 %) e incluso de la media latinoamericana (20 %), mientras sólo 9 % de la población mexicana declaró que hay buena situación económica, contra 54 % que declaró que es mala; cantidad que creció 8 % en relación con los que la percibían del mismo modo en 2013.

El apoyo a la democracia, que estaba en franco declive una vez finalizada la segunda administración panista (2006-2012), prosiguió su tendencia a la baja durante el sexenio de Peña Nieto. En 2002, durante el gobierno de Vicente Fox, el apoyo a la democracia alcanzó 63 %, manteniéndose alto durante todo el resto de la Presidencia que terminó con 59 % en 2005. Con Felipe Calderón bajó rápidamente a 48 % en 2007, alcanzando un mínimo de 40 % en 2011 (Latinobarómetro, 2013). Con Peña Nieto el índice se encogió hasta 38 % en 2018 (Latinobarómetro, 2018). Resulta significativo que, simultáneamente, con el declive del apoyo a la democracia, en 2018 crece hasta 38 % la población que es indiferente al tipo de régimen, es decir,

²⁹ Los gobiernos panistas de Fox y Calderón promediaron cerca de 50 % (Parametría, 2018).

que les da lo mismo que en el país se instaure un régimen democrático que uno no democrático. En ese sentido, hacia 2018, el apoyo que consigue el régimen democrático en México es exactamente igual al respaldo a otro tipo de régimen (Latinobarómetro, 2018). En 2002 y 2006 la situación era diferente, sólo a 14 y a 18%, respectivamente, le daba lo mismo, pero con Calderón ascendió hasta 36% y, con Peña Nieto, subió otros dos peldaños. Igualmente, en 2018, 88% de los mexicanos consideró que sólo se gobernaba para unos pocos. En América Latina, sólo en Brasil, la misma percepción es mayor que en México (90%) (Latinobarómetro, 2018). Coincidentemente, en ambos países resultaron electas fuerzas políticas emergentes cuyas características y liderazgos no dejan de resultar controvertidos.

Por último, para 2018 la confianza en los partidos políticos es de 11%. Una encuesta dirigida por Moreno (2018) evidenció que el apoyo a los partidos tradicionales se redujo a sólo 17% de la población, es decir, que los mexicanos que se consideran a sí mismos como panistas, priistas y perredistas suman menos de 20% del electorado cuando, en 2006 sumaban, 46%. Morena, en tanto, cuenta con una base dura que representa 22% del electorado con lo cual supera al PRI, PRD y el PAN juntos.

De acuerdo con Barreda y Ruiz Rodríguez (2019), el nivel de confianza en los partidos tiene efectos sobre la dinámica electoral y sobre la reconfiguración del sistema de partidos. Las alteraciones de la confianza hacia los partidos han permitido apreciar importantes variaciones en Costa Rica, El Salvador y Panamá en escenarios de nuevos ganadores. Los investigadores apreciaron el impacto específico de signo positivo de la confianza en los partidos sobre la probabilidad de que persista la estabilidad electoral y de que repitan ganadores consecutivos. Una de las implicaciones de los hallazgos es que “los nuevos partidos tendrían una oportunidad mayor en contextos de desconfianza hacia los partidos, ya que podrían capitalizar esa actitud hacia los partidos como una herramienta para competir con partidos asentados y que hayan sido repetidamente ganadores” (Barreda y Ruiz Rodríguez, 2019, p. 267).

La conclusión del estudio coincide con el señalamiento de Aragón, Fernández de Lara y Lucca (2019), acerca de que la génesis de Morena se

ancla en su animadversión frente a los partidos establecidos, proponiendo un punto de inflexión en términos de continuidad-cambio o *establishment-antiestablishment*. Según los propios autores, el sistema político mexicano vivía una crisis de legitimidad por el hartazgo frente a la corrupción³⁰ y los niveles de violencia, lo que facilita comprender cómo Morena se favoreció de una estructura de oportunidades histórica para plantear una alternativa gubernamental creíble para los comicios de 2018 (Aragón, Fernández de Lara y Lucca, 2019, p. 296).

Por su parte, Modonessi (2018) destaca que Morena colocó la corrupción como el factor sistémico, como causa y no como consecuencia de las relaciones y los (des)equilibrios de poder a diferencia de la postura fundacional del PRD, que ponía el acento en la reducción de las disparidades socioeconómicas como condición para el ejercicio de la democracia. Para el autor, es evidente que el demoleador 53 % de los votos ha sido la máxima expresión del hartazgo y del rechazo hacia los partidos que malgobrnaron México en las últimas dos décadas, pero que, en cambio, no implica una transformación cultural y política en el terreno de los valores, las percepciones y las aspiraciones de la gran mayoría de los ciudadanos.

Esquivel (2015) alertó en una fecha temprana que la ciudadanía mexicana mostraba claros signos de agotamiento por los altos niveles de pobreza, corrupción, violencia, impunidad y desigualdad extrema. Mientras que Borovkov (2018, pp. 9-11) confirma que, a lo largo de su gobierno, Peña Nieto tuvo como horizonte de gestión mantener la estabilidad macroeconómica, sin embargo, la percepción de que la situación económica empeoró en su gobierno rondaba en 62 % (Parametría, 2016) y 73 % en 2017 (Newspreneur, 2018). En tanto, la percepción de que la economía mejoraría en el futuro descendió de 41 % en la primera parte de 2013 hasta 22% en 2016 —19 puntos en tres años— (Parametría, 2016).

Así que el cuadro general del sistema político mexicano, a fines del sexenio de Peña Nieto, muestra una clase política gobernante deslegitimada por repetidas experiencias fallidas en medio de un desencanto cada vez más

³⁰ De acuerdo con el informe Latinobarómetro 2018, la percepción de aumento de la corrupción en el sexenio de Peña Nieto alcanzó 74%.

generalizado de la población. En tanto, el verdadero legado resultante de la gestión de los partidos tradicionales es el alza imparable de la corrupción, de la delincuencia, el crimen organizado, la impunidad, la desigualdad y de la percepción negativa sobre la situación económica presente y futura. En consecuencia, no es de extrañar que el contexto electoral de 2018 en México refleje una situación aguda de crisis (que abarca las principales esferas de la sociedad), propicia para compulsar al grueso de los votantes que no tienden a correr riesgos, a relegar sus temores respaldando a una fuerza política emergente cuyo mérito distintivo reside en no tener responsabilidad con el estado de cosas imperante.

AMLO y Morena resultan ganadores indiscutibles de la competencia electoral de 2018 en México, pese a que determinados rasgos no competitivos de ambos no sólo coincidían, sino que superaban a los que habían impedido la victoria electoral del Frente Amplio en los comicios presidenciales de 1999 en Uruguay. La diferencia principal la marca que en el país sudamericano de fin de siglo, la decisión electoral no va a estar condicionada por el desencanto generalizado de la población con los gobiernos de los partidos tradicionales.

Dada la abundancia de evidencia acerca del hartazgo de los electores con las gestiones de los partidos tradicionales, algunos medios y autores han sugerido que no ganó AMLO sino el hastío, esto es, el rechazo de la gente hacia los privilegios y el abuso de poder de los partidos, los gobernantes, los empresarios, los líderes religiosos y sindicales fue lo que inclinó la balanza (*El Cronista*, 2018; Rodríguez, 2018). Sin embargo, se encuentra debidamente documentado que cambios operados en la estrategia política de López Obrador le permitieron sacar provecho del estado de cosas reinante. Entre 2009 y 2018, AMLO acometió una empresa que, a mediano plazo, le rendiría frutos: dejar atrás la imagen de político radical que se había arraigado en el imaginario de sectores importantes de la sociedad como consecuencia de la modalidad de protesta que regularmente había promovido desde los albores de su trayectoria política en Tabasco. Espinoza Toledo y Navarrete Vela (2016) ubican la primera etapa de ese esfuerzo entre 2009 y 2012, periodo en que

López Obrador intentó contrarrestar la imagen negativa que lo llevó a la derrota de 2006. Comenzó una etapa de menor virulencia con el presidente Felipe Calderón y puso en marcha la estrategia centrada en la *República Amorosa*, que comprendía la bandera de justicia y honestidad y promovía la integración y la cordialidad. Se gestaba el Movimiento Regeneración Nacional. (p. 95)

En esa etapa, el discurso de AMLO se hizo más moderado que en 2006, buscó un mayor acercamiento con los empresarios, reemplazó el liderazgo carismático dominante que lo había acompañado hasta el momento por uno más tolerante e integrador. La meta era recuperar a los simpatizantes desilusionados con la resistencia civil que encabezó contra el gobierno de Felipe Calderón (Espinoza Toledo y Navarrete Vela, 2016). De acuerdo con Alarcón Olguin (2012), la estrategia funcionó y la campaña presidencial de 2012 fue exitosa al reducir las opiniones negativas sobre el político tabasqueño, que al principio eran muy elevadas.

Por su parte, Bolívar Meza (2017) ubica la transformación discursiva de AMLO en el año 2011, “en el que para contrarrestar la imagen de hombre violento enarboló el principio de la *República amorosa*” (p. 102). Para Bolívar Meza (2017) la transformación lopezobradorista, que combina elementos del socialcristianismo con el nacionalismo, logra el propósito de convencer a buena parte de la ciudadanía de que el cambio es posible sin que se trastoquen los cimientos de la nación (p. 102).

La etapa del cambio del discurso lopezobradorista hacia la moderación política (2009-2012) está seguida por la toma, por parte del tabasqueño, de dos decisiones trascendentales: abandonar el PRD y concentrar los esfuerzos en la obtención del registro de Morena como partido político nacional con pretensiones de hacerse del poder por la vía electoral. Contrario a lo que se podría esperar, en referencia con su trayectoria anterior a 2009, AMLO no siguió un camino antisistema. La elección del momento de cesar con su militancia perredista y de legalizar la condición de Morena como un partido comprometido con el respeto de las vías institucionales no habría podido ser más oportuno. En la segunda mitad de 2014 se suceden los lamentables sucesos de Iguala, Guerrero, los escándalos de corrupción del gobierno federal y sus cercanos, así como el desdibujamiento del PRD

como partido opositor a partir del Pacto por México (Espinoza Toledo y Navarrete Vela, 2016).

Finalmente, la consumación del cambio del discurso lopezobradorista es mucho más visible en la misma medida en que se aproxima el proceso electoral de 2018. Se pone de manifiesto en la política de alianzas desplegada por Morena, el pragmatismo evidenciado en la aplicación de prácticas propias de partidos *atrapatodo* y el desplazamiento hacia el centro del espacio político. Arroyo (2018) destaca que, para afrontar el proceso electoral de 2018, Morena estableció una política de alianzas formales e informales, institucionales y personales, con partidos y movimientos sociales, políticos y sindicales, algunos ideológicamente distantes, políticamente controvertidos e incluso históricamente enemigos, para sumar sus capitales políticos a la maquinaria electoral. Sáenz (2018) consideró relevante el pragmatismo de López Obrador, al acoger en su proyecto a representantes de otras fuerzas políticas, incluidas las que había confrontado en el pasado reciente. Mejor que nadie, Modonessi (2018, párr. 6) dejó constancia al respecto: “toda la pléyade de grupos de priistas, perredistas y panistas que, con olfato oportunista, cambiaron de bando en el último momento”.

Santos Ramírez (2018) refiere que en el proceso electoral de 2018 Morena no se ubicó claramente como partido de izquierda, sino que operó un marcado y evidente desplazamiento hacia el centro profundizando una tendencia ya perceptible en la campaña de 2012. En tanto, Modonessi (2018) también registró que AMLO insistió hasta el cansancio buscando convencer, a propios y extraños, de que la transformación que propugnaba tenía que ver estrictamente con la refundación del Estado en términos éticos, y sólo en un segundo momento se acometerían cambios económicos y sociales necesarios para estabilizar una sociedad en crisis. Por su parte, Bolívar Meza (2019) defiende que, gracias a la manera que actuó políticamente (y a que formó la coalición “Juntos Haremos Historia”, en la que alcanza a integrar al Partido del Trabajo, de origen maoísta, con el Partido Encuentro Social, evangélico y conservador), “Morena se encaminó hacia objetivos electorales que le permitieron ganar el poder, pero, a costa de incurrir en desdibujamiento ideológico y pragmatismo” (Bolívar Meza, 2019, p. 72).

Conclusiones

De cara a los comicios presidenciales de 2018, la amenaza mayor que pendía sobre AMLO y Morena era que la mayoría de los votantes los identificaran como una oposición no creíble, condición que en los comicios presidenciales de 1999 en Uruguay había impedido al izquierdista Frente Amplio emerger vencedor en las urnas. Los rasgos no competitivos de López Obrador y Morena no sólo coincidían sino que excedían a los que habían impedido la victoria electoral del Frente Amplio en 1999. Sin embargo, una estructura de oportunidades históricas facilitó que los atributos menos competitivos de ambos fueran relegados por los electores a un plano secundario. El panorama del sistema político mexicano en 2018 muestra a una clase política gobernante afectada por una severa crisis de legitimidad en medio de un desencanto generalizado de la población. El contexto electoral de 2018 en México reprodujo un ambiente propicio para impulsar a la mayoría de los votantes (como regla, contrarios a correr riesgos) a relegar sus temores y respaldar en las urnas a una fuerza política que no tenía responsabilidad con el estado de cosas imperante. Si a eso se añade la calculada y gradual moderación política observable en el liderazgo del tabasqueño y la aplicación de una estrategia electoral típica de los partidos *catch all*, entonces es factible entender cómo AMLO y Morena tuvieron éxito rotundo en el propósito de erigirse en una oposición creíble.³¹

La agudización del desencanto con el gobierno de los partidos tradicionales, la apuesta por la moderación política y la postura *catch all* resultaron clave en el triunfo indiscutido de AMLO y Morena en los comicios presidenciales de 2018. La conclusión probablemente trascienda a los dos casos que son objeto de comparación en el trabajo. Es factible que el poder explicativo del conjunto de los factores identificados forme, a su vez, parte del mecanismo causal que, en el resto de los países de la región, opera a favor de que una fuerza política emergente ubicada hacia la izquierda del

³¹ El desencanto generalizado con los gobiernos de los partidos tradicionales en Uruguay tomó forma con la crisis de 2002. En los comicios de 2004, el Frente Amplio obtuvo por primera vez el apoyo de la mayoría absoluta de los votantes convirtiéndose en el partido en el gobierno.

espectro ideológico consiga erigirse en una oposición creíble. Queda en manos de futuros trabajos la comprobación de la veracidad de la hipótesis enunciada.



Fuentes de consulta

- Alarcón Olgún, Víctor (2012). *Elecciones 2012: evaluación e implicaciones políticas*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Aragón Falomir, Jaime; Fernández de Lara Gaitán, Alfredo Edmundo; Lucca, Juan Bautista (2019). “Las elecciones de 2018 en México y el triunfo del Movimiento de Regeneración Nacional (Morena)”. *Estudios Políticos*, 54, 286-308.
- Arroyo, Ivabelle (2018, 1 de julio). “Morena y el camino hacia la hegemonía”. *Nexos*, 487.
- Banco Mundial (s. f.). “Crecimiento del PIB (% anual)-Uruguay”. Recuperado de: <https://datos.bancomundial.org/indicador/NY.GDP.MKTP.KD.ZG?locations=UY>
- Barreda, Mikel y Ruiz Rodríguez, Leticia María (2019, abril-junio). “Confianza partidista y estabilidad laboral en América Latina”. *Revista Mexicana de Sociología*, 2 (81), 247-273.
- Bolívar Meza, Rosendo (2013a, marzo-abril). “El lopezobradorismo: la construcción de un movimiento social y político”. *El Cotidiano*, 178, 81-92.
- Bolívar Meza, Rosendo (2013b, enero-abril). “Los frentes políticos-electorales de izquierda en México (2006-2012)”. *Estudios Políticos*, 28, 51-79.
- Bolívar Meza, Rosendo (2014). “Morena: el partido del lopezobradorismo”. *Polis*, 2 (10), 71-103.
- Bolívar Meza, Rosendo (2017). “Liderazgo político: el caso de Andrés Manuel López Obrador en Movimiento de Regeneración Nacional (Morena)”. *Estudios políticos*, 42, 99-118.
- Bolívar Meza, Rosendo (2019). “Desdibujamiento ideológico y pragmatismo. Morena en la coalición ‘Juntos Haremos Historia’, durante el proceso electoral de 2018”. *Revista Mexicana de Opinión Pública*, 27, 61-76.
- Borovkov, Anatoly (2018). “México ante la opción electoral”. *Iberoamérica*, 1, 5-23.
- Buquet, Daniel (2000, junio). “La elección uruguaya después de la reforma electoral de 1997: los cambios que aseguraron la continuidad”. *Perfiles Latinoamericanos*, 16, 127-147.

- Buquet, Daniel (2016). “La transformación del sistema de partidos uruguayo: reglas electorales, adaptación y equilibrio”. En Flavia Freidemberg (Ed.), *Los sistemas de partidos de América Latina 1978-2015. Cono Sur y Países Andinos. Tomo 2*. Ciudad de México: Instituto Nacional Electoral/Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM.
- Caetano, Gerardo (2005). “Introducción general. Marco histórico y cambio político en dos décadas de democracia. De la transición democrática al gobierno de izquierda”. En Gerardo Caetano, *20 años de democracia. Uruguay 1985-2005: miradas múltiples*. Montevideo: Taurus.
- Corbo, Daniel (2007, diciembre). “La transición de la dictadura a la democracia en el Uruguay. Perspectiva comparada sobre los modelos de salida política en el Cono Sur de América Latina”. *Humanidades: revista de la Universidad de Montevideo*, 1 (7), 23-47.
- Corte Electoral del Uruguay (1999). Recuperado de <http://www.corteelectoral.gub.uy/gxpfiles/elecciones/EleccionesNacionales1999.html>
- Chasquetti, Daniel y Buquet, Daniel (2004). “La democracia en Uruguay: una partidocracia de consenso”. *Política*, 42, 221-247.
- Díaz Rodríguez, Orestes Enrique (2019a). *Popularidad presidencial y resultado electoral del partido en el gobierno en América Latina*. Tesis de Doctorado en Ciencia Política, Universidad de Guadalajara, México. Recuperado de <https://www.riudg.udg.mx/handle/20.500.12104/80269>
- Díaz Rodríguez, Orestes Enrique (2019b). *Enigmas de la popularidad presidencial en América Latina*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Downs, Anthony (1973). *Teoría económica de la democracia*. Madrid: Aguilar.
- Duverger, Maurice (1957). *Los partidos políticos*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Echegaray, Fabián (1996). “¿Voto económico o referéndum político? Los determinantes de las elecciones presidenciales en América Latina, 1982-1994”. *Desarrollo Económico*, 142 (36), 603-619.
- El Cronista* (2018, 3 de julio). “¿Por qué ganó López Obrador en México?”. Recuperado de <https://www.cronista.com/ripe/Por-que-gano-Lopez-Obrador-en-Mexico-20180703-0022.html>
- Encuestas Equipos Mori. Banco de datos de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Unidad de Métodos y Accesos a

- Datos. Recuperado de <https://github.com/Nicolas-Schmidt/opuy/blob/master/man/figures/README-unnamed-chunk-6-1.png>
- Espejel Espinoza, Alberto (2015). “Orígenes organizativos y derroteros estatuarios del Movimiento Regeneración Nacional y el Partido de la Revolución Democrática. Entre carisma y grupos políticos”. *Estudios Políticos*, 35, 103-128.
- Espejoza Toledo, Ricardo y Navarrete Vela, Juan Pablo (2016). “Morena en la reconfiguración del sistema de partidos en México”. *Estudios Políticos*, 37, 81-109.
- Esquivel, Gerardo (2015). *Desigualdad extrema en México. Concentración del poder económico y político*. México, D. F.: Oxfam.
- Garcé, Adolfo y Yaffé, Jaime (2006). “La izquierda uruguaya (1971-2004): ideología, estrategia y programa”. *América Latina Hoy*, 44, 87-114.
- García Bartolo, Moisés Sinhue (2007). “La construcción de un liderazgo: esbozo biográfico de Andrés Manuel López Obrador”. *El Cotidiano*, 141 (121), XXI-XXX.
- González, Luis E. (1999). *Los partidos políticos uruguayos en tiempos de cambio*. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria.
- Illades, Carlos (2015). *De la social a Morena. Breve historia de la izquierda en México*. México, D. F.: Jus.
- Illades, Carlos (2016, septiembre). “La izquierda populista mexicana”. *Nexos*, 465, 19-23.
- Instituto Nacional Electoral (2014). Acuerdo INE/CG106/2014. Recuperado de https://portalanterior.ine.mx/archivos3/portal/historico/recursos/IFE-v2/DS/DS-CG/DS-SesionesCG/CG-acuerdos/2014/Julio/CGex201406-14_02/CGex201407-14_ap_2.pdf
- Jiménez-Díaz, José Francisco (2008). “Enfoque sociológico para el estudio del liderazgo político”. *Barataria: revista castellano-manchega de ciencias sociales*, 9, 189-203.
- Katz, Richard y Mair, Peter (1995). “Changing Models of Party Organization and Party Democracy: The Emergence of the Cartel Party”, *Party Politics*, 1 (1), 5-27.

- Kirchheimer, Otto (1966). "The Transformation of the Western European Party Systems". *Political Parties and Political Development*. Princeton. Princeton University Press.
- Krauze, Enrique (2006, junio). "El mesías tropical". *Letras Libres*. Recuperado de <https://www.letraslibres.com/espana-mexico/revista/el-mesias-tropical>
- Lanzaro, Jorge (2007). "Uruguay: Reformas políticas en la nueva etapa democrática (1985-2006)". En Daniel Zovatto y Jesús Orozco (Eds.), *Reforma política y electoral en América Latina*. México, D. F.: IDEA/Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM.
- Lanzaro, Jorge (2015). "Uruguay 2014: elecciones competitivas y partido de izquierda predominante". *Revista SAAP. Revista de la Sociedad Argentina de Análisis Político*, 1 (9), 11-41.
- Latinobarómetro (2013). Informe 2013. Recuperado de http://www.latinobarometro.org/documentos/LATBD_INFORME_LB_2013.pdf
- Latinobarómetro (2018). Informe 2018. Recuperado de http://www.latinobarometro.org/latdocs/INFORME_2018_LATINOBAROMETRO.pdf
- Maquiavelo, N. (1971). *El príncipe*. Madrid: Ediciones Ibéricas y LCL.
- Magaloni, Beatriz (1999). "Is the PRI fading? Economic Performance, Electoral Accountability, and Voting Behavior in the 1994 and 1997 Elections". En Jorge Domínguez y Alejandro Poiré (Comps.), *Toward Mexico's Democratization: Parties, Campaigns, Elections, and Public Opinion*. Nueva York: Routledge.
- Méndez de Hoyos, Irma (2007). "El sistema de partidos en México: fragmentación y consolidación". *Perfiles Latinoamericanos*, 29 (14), 7-45.
- Modonessi, Massimo (2018, julio-agosto). "México, el gobierno progresista 'tardío'. Alcances y límites de la victoria de AMLO". *Nueva Sociedad*, 276. Recuperado de <https://nuso.org/articulo/mexico-el-gobierno-progresista-tardio/>
- Moreira, Constanza (2000). "Comportamiento electoral y cultura política". En Gerardo Caetano (Ed.), *Elecciones 1999/2000*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental e Instituto de Ciencia Política.

- Moreno, Alejandro (2018, 28 de noviembre). “Encuesta: Morena aplasta a los partidos tradicionales”. *Nación 321*. Recuperado de <https://www.nacion321.com/encuestas/encuesta-morena-aplasta-a-los-partidos-tradicionales>
- Morlino, Leonardo (2010). *Introducción a la investigación comparada*. Madrid: Alianza.
- Navarrete Vela, Juan Pablo (2016). *Ciclos de políticos del liderazgo carismático en el Partido de la Revolución Democrática. Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano y Andrés Manuel López Obrador*. Sahuayo: Universidad de la Ciénega del Estado de Michoacán de Ocampo.
- Navarrete Vela, Juan Pablo; Camacho Sánchez, Omar Arturo; Ceja García, Manuel Alexis (2017, julio-diciembre). “Formación, liderazgo y desempeño electoral de Morena”. *Revista Mexicana de Estudios Electorales*, 18 (1), 11-60.
- Newspreneur (2018). “Análisis de expectativas económicas para México; Parametría”. Recuperado de <https://newspreneur.lat/empresas-y-negocios/finanzas/analisis-de-expectativas-economicas-para-mexico-parametria/>
- Panbianco, Angelo (1990). *Modelos de partidos*. Madrid: Alianza.
- Parametría (2016). *Crece la economía, pero la percepción empeora*. Recuperado de http://www.parametria.com.mx/carta_parametrica.php?cp=4860
- Parametría (2018). *La administración Peñista*. Recuperado de http://www.parametria.com.mx/carta_parametrica.php?cp=5061
- Palma, Esperanza (2006). *Las bases políticas de la alternancia en México. Un estudio del PAN y el PRD durante la democratización*. México, D. F.: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Platón. (2006). *La república*. Bogotá: Panamericana
- Queirolo Velasco, María del Rosario (2006). “Las elecciones uruguayas de 2004: la izquierda como la única oposición creíble”. *Colombia Internacional*, 64, 34-49.
- Rodríguez, Juan Carlos (2018, 22 de noviembre). “No ganó AMLO, ganó el hastío”. *Eje Central*. Recuperado de <https://www.ejecentral.com.mx/no-gano-amlo-gano-hastio/>

- Sáenz, Liébano (2018, 27 de enero). “Pragmatismo y competencia”. *Milenio*. Recuperado de <https://www.milenio.com/opinion/liebano-saenz/paralaje/pragmatismo-y-competencia>
- Santos Ramírez, Leopoldo (2018, 30 de junio). “El desenlace final”. *La Jornada*, p. 16.
- Sartori, Giovanni (2005). *Partidos y sistemas de partidos*. Madrid: Alianza.
- Spencer, H. (1947). Principios de Sociología. Bs. As.-Argentina: Vol. 1, 2. y 3. *Revista de Sociología*.
- Stogdill, R. M. (1974). *Handbook of leadership: A survey of theory and research*. California: Free Press.
- Weber, Max (1964). *Economía y Sociedad*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Yaffe, Jaime (2004, septiembre-diciembre). “Del Frente Amplio a la Nueva Mayoría. La izquierda uruguaya (1971-2004)”. *Revista Secuencia*, 60, 175-210.